

El fenómeno de la radicalización violenta: una aproximación multifactorial

Alexandra Gil
Periodista

En 2016, Isabelle Wekstein-Steg y Mohamed Ulad hicieron público en Francia el documental ‘Les Français, c’est les autres’. (Los franceses, son los otros). Se trata de un trabajo de campo llevado a cabo en un instituto a las afueras de París. Se trataba, a través de múltiples entrevistas a modo de seguimiento, de esbozar lo que para las generaciones más jóvenes significaba ser francés. La identidad se situaba, pues, en el centro del debate.

Ante la cuestión: “¿Pueden levantar la mano los que tienen la nacionalidad francesa?”, todos los alumnos respondieron dejando ver su brazo alzado en escasos segundos, casi como un signo desafiante, a caballo entre el orgullo y la incontrolable necesidad de reivindicarlo. “Ahora, que levante la mano únicamente quien se sienta francés”. Ninguno de los presentes reprodujo el mismo gesto. Perplejos, los autores del documental interrogaron por estos sentimientos encontrados de quienes segundos antes asumían su nacionalidad. Los motivos que alegaron aquellos menores, en cierto modo conmovidos, resultaron derivar en un juego de percepciones de la realidad que les rodeaba. La sociedad –afirmaban– les hacía sentir excluidos, ciudadanos de segundas, relegados a un segundo plano. En definitiva: menos franceses que los demás. “Yo no me sien-

to francés. Me siento negro”, alegaba uno de los niños. “De tanto hacernos sentir que no somos como ellos, al final hemos terminado creyéndolo”, añadía otra.

Conforme el documental avanza, los jóvenes son llamados a desplazarse a lugares céntricos de París equipados de una cámara y un micrófono. Su misión: preguntar a los demás qué es “ser francés” para ellos. Cuando regresan a su instituto, asumen que se han visto gratamente sorprendidos de la acogida de la gente, y que esperaban más hostilidad hacia ellos, por el mero hecho de ser “ellos”. La discriminación geográfica es una lacra en Francia, como también lo es la cobertura mediática del retrato de la fractura social. La percepción que estos jóvenes tenían de su presencia en Francia se había visto ampliificada por la aparición que en los medios de comunicación tienen los barrios más desfavorecidos. La visión fatalista de las banlieues, que únicamente tienen presencia en los medios cuando se vincula a sucesos violentos, radicalización, sectarismo o vandalismo, no solo distancia a sus habitantes de sus expectativas, relegándolos a un papel secundario y a un efecto burbuja; también maximiza la brecha entre ciudadanos de una misma sociedad, acrecentando la percepción de incomprensión mutua, la estigmatización –que contribuye a la

victimización, y ésta, al comunitarismo– y por último, a la estratificación.

Si nos centramos en el fenómeno de la radicalización violenta, ¿existen realidades sociodemográficas similares entre los jóvenes europeos que se ven atraídos por proyectos terroristas? Llegados a este punto, es imperativo recordar que la radicalización se produce en un marco multifactorial y no responde en modo alguno a determinismos sociales. Un joven con una trayectoria vital idéntica (como pueden serlo dos miembros de un grupo de amigos), con dificultades familiares similares y compañías comunes pueden materializar recorridos muy distintos ante un agente radicalizador físico o ante la diseminación masiva de propaganda yihadista. En los casos de combatientes franceses que trato, existen múltiples ejemplos de esta índole. Esto es, jóvenes perplejos ante la evolución de sus amigos o hermanos con los que pensaban compartirlo todo.

Dicho esto, es relevante subrayar que, si en muchos casos son diversos los detonantes a la hora de banalizar la violencia como medio para alcanzar la finalidad de un proyecto terrorista, no es menos importante recordar la relevancia del efecto grupo en la aceptación de un proyecto terrorista. Son múltiples los casos de hermanos que se han radicalizado o han contribuido a radicalizar a su entorno más cercano. Los hermanos Merah, en Francia, los Kouachi, que perpetraron el atentado de Charlie Hebdo en París, los Tsarnaev en Boston o los distintos vínculos familiares y de vecindad que mantenían los terroristas de Las Ramblas son solo algunos de los ejemplos más paradigmáticos que nos llevan a considerar la cercanía en ese efecto contagio, como catalizador de la violencia. Este factor, unido al aislamiento con el resto del mundo, hacen a su vez de lugares como las prisiones nichos de ideologías extremistas, como veremos más adelante.

Sí resulta interesante destacar el trabajo realizado por el instituto Globsec a lo largo de dos años con la ayuda de un equipo formado por veinte investigadores europeos. El objetivo de ‘Who are the European Jihadi’ era establecer, en caso de que los hubiera, factores comunes a partir de una base de datos de 197 individuos implicados en actividades terroristas.

Participaron 11 países, y tras dos años de análisis, se concluyó que la edad media se establecía en los 30.5 años (32.8 para las mujeres, 29.9 para los hombres). La mitad de ellos habían nacido en Europa y solo 20% habían seguido estudios en el instituto. Esto, de toda evidencia, había contribuido a dificultar su entrada en el mercado laboral y por lo tanto, explicaría otro de los datos que resultan de este estudio: 40% de los implicados en actividades terroristas estaban en paro en el momento de su muerte o de su detención.

Más allá de los factores socioeconómicos, merece la pena que nos detengamos en un dato relevante sobre la forma en que la ideología extremista llegó a estos individuos: el proceso de radicalización. Este estudio echa por tierra la expresión “radicalización express” puesto que únicamente 7 de los 197 casos estudiados se había radicalizado en los seis meses previos a su detención o su muerte. En cerca del 20% de los casos, este proceso se extiende en los 5 años previos.

Por último, es preciso recordar la relevancia que este trabajo aporta al que se ha convertido en el gran rompecabezas de los gobiernos europeos: el retorno de estos yihadistas de zona de combate y el posible papel que las prisiones pueden tener a la hora de reforzar su visión binaria, sectaria y violenta del mundo. El estudio confirma que el 50% de los individuos que habían cumplido condena en prisión se habían radicalizado durante este, y no otro, periodo de su vida. Si bien es cierto que este dato no es determinante a la hora de probar el grado de influencia que las prisiones pueden tener en cada individuo, sí es un indicador que nos recuerda el compendio de catalizadores de la radicalización violenta que pueden hallar en un espacio penitenciario el escenario ideal para su propagación.

¿Qué factores se concentran en este espacio cerrado? En primer lugar, este mismo: la ausencia de libertad de movimiento. Esto conlleva la imposibilidad de contrastar mensajes de proselitismo con miradas críticas. Por otro lado, y basando esta valoración en los datos que han compartido conmigo los agentes de la prisión francesa de Vendin-Le-Vieil y sus trabajadores sociales, el odio hacia las instituciones y la aceptación de la violencia –dos claves del proceso de

radicalización– están presentes en una gran parte de los detenidos, como también lo está el sentimiento de injusticia, uno de los nichos en los que se apoyan los reclutadores para transmitir como una venganza legítima un proyecto terrorista. La desconexión de la realidad y la idealización del proyecto (para aquellos a los que se detuvo por actividades terroristas pero que no llegaron a marcharse a teatros de operaciones), funciona,

per se, como un catalizador. “Muchos de los que no se han marchado a Siria pero participaban desde aquí como brazo propagandístico, son más intensos en su proselitismo que los que sí fueron y volvieron desencantados”, me explicaban los guardas. “Eso sí, los que vuelven –insisten mis fuentes– lo hacen desencantados. Pero desencantados no es lo mismo que arrepentidos”.